

de la Ciudad, que pasaba por las calles de la Acequia, frente del actual Palacio Municipal, Refugio y Coliseo; etc., etc.¹

Las calles eran muy anchas, de manera que cabían diez ó doce hombres cabalgando de frente; las calzadas eran, según Bernal Díaz del Castillo, de piedra «sólidamente amalgamada» y defendidas por puentes levadizos. Había calles de tres clases: unas de agua (verdaderos canales); otras con su piso de tierra únicamente, y otras mixtas, esto es, parte de tierra y parte de agua; sin embargo, asegúrase que «apenas había barrio por el cual no se pudiese transitar en barco. Las calles se distinguían por su limpieza: «es, dice Fr. Toribio de Benavente, tan barrido y el suelo tan asentado y liso, que aunque la planta del pie fuera tan delicada como la mano, no recibiera el pie detrimento ninguno en andar descalzo.»²

Las casas, en general, eran de adobe y estuco, con techos planos ó *azoteas*, techos que hasta la fecha se usan. El cronista Herrera, en sus DÉCADAS,³ dice que «existían como sesenta mil casas,⁴ divididas en categorías; las de los nobles ó *señores*, eran rectangulares, por lo común, estucadas, muy amplias, con pórticos, jardines, fuentes y baños; las casas de los demás habitantes, según su jerarquía ó posición, eran más ó menos reducidas.»⁵

Entre los templos, el más famoso era el gran *teocalli* ó Templo Mayor, que ocupaba el centro de la Ciudad, según se indicó: hallábase consagrado al dios de la guerra Huitzilopochtli, y á Tláloc, dios de las lluvias; su recinto era inmenso, y dentro de éste se contenían otros varios edificios.⁶ Los

1 Chavero, MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS, I.

2 En Prescott, HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO, anotada por Alamán.

3 Década II, página 160.

4 El Sr. Orozco dice que 120,000.

5 Véase en mis APUNTES DE ÓRDENES CLÁSICOS, el estudio LA HABITACIÓN AZTECA, por el Arquitecto D. Francisco M. Rodríguez.

6 Véanse: Chavero, MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS, I, y mi RESEÑA HISTÓRICA DE LA PLAZA DE ARMAS, que he estado publicando recientemente en el *Boletín Municipal del Ayuntamiento de México*.

teocalli eran numerosos, y se asegura que su número pasaba de dos mil;¹ la forma que tenían era generalmente la piramidal truncada, y numerosas veces se vieron ensangrentados por los feroces sacrificios humanos que se llevaban á cabo en holocausto de las divinidades aztecas.

Los palacios de Motecuhzoma eran magníficos. El principal de ellos, frontero al Templo Mayor, hacia el Poniente, tenía 20 puertas, que daban á las calles; grandes patios; muchas salas; cien cámaras ó aposentos; las paredes ostentaban mármoles y jaspes; tenía su capilla ú oratorio donde brillaban las esmeraldas, los topacios y rubíes; los enmaderados eran de pinos y cipreses.² Otro de los palacios más notables, era el llamado de Axayácatl.

Había también una Casa de Aves y otra de Fieras, con lo más raro y espléndido de Anáhuac. Trescientos individuos cuidaban esmeradamente de la primera, y en la segunda se encerraban los reptiles en cajas forradas de plumaje.³

Notable era bajo todos conceptos, el *tianquixtli*⁴ ó mercado de Tlatelolco, centro de activísimo tráfico, donde se vendía multitud de objetos y artefactos: ropas, artículos alimenticios, oro, plata, joyas, plumas, conchas, caracoles, mantas, pieles de tigres, nutrias, colores para los pintores, conejos vivos, legumbres; piezas de alfarería, tinajas, jarros; maderas, etc.; tabaco, yerbas y hasta esclavos y esclavas. La plaza cerrada de portales era tan vasta, que en un solo día no pudieron visitarla los españoles; y era tal la cantidad de gente que acudía al mercado, que solamente el rumor y zumbido de las

1 Cavo, LOS TRES SIGLOS DE MÉXICO.

2 EL CONQUISTADOR ANÓNIMO, y Torquemada en su MONARQUÍA INDIANA, XXV, 3.

3 Prescott, Obra antes citada, págs. 368 y siguientes.

4 Ha quedado la palabra *tianquixtli* convertida, entre nosotros, en el vocablo *tianguis*, nombre con el que todavía se designa en varios pueblos y ciudades de la República, el mercado que de los objetos de primera necesidad, especialmente, se efectúa en un día que se escoge en la semana y se llama *día de tianguis*.

voces y palabras de la gente «sonaba más de una legua.»¹ Había figones, barberos, mozos de cordel, etc.; vendiéndose y contratándose todo por cuenta y medida; y hasta magistrados para dirimir las contiendas entre los traficantes. Existían también otras varias plazas de mercado; pero todas bien dispuestas y arregladas.

Surtíanse de agua potable los habitantes de la Ciudad, por medio de un excelente acueducto de «tierra compacta tan fuerte como la piedra, alto y ancho,» dice el cronista Herrera. El conducto era doble y estaba combinado de suerte que para limpiar uno, corría por el otro el agua «más clara que el cristal» (Herrera). Después el agua se vendía, comerciándose con ella, llevándose en las canoas que entraban á la Ciudad por los canales.

La Ciudad, al par del Imperio, tomaba cada día mayor incremento, debido al carácter emprendedor del pueblo y de sus monarcas: había llegado á ser el centro de la opulencia de todo el Anáhuac, y su desenvolvimiento material y desarrollo progresivo se acentuó desde el primer rey Acamapichtli, hasta Motecuhzoma Xocoyotzin (el joven). Itzcóatl dió tanta grandeza á su nación, que con justo motivo dice Chimalpain, y con él el Sr. Chavero, que «fué varón tan excelente, que no hay bastante lengua para alabarlo.»

En tiempo del primer Motecuhzoma (año 1446) la Ciudad sufrió una terrible inundación. El monarca remedió poderosamente los estragos causados por el mal; y se construyó un dique mandado ejecutar por consejo del sabio y prudente rey de Tetzoco, Nezahualcóyotl.

En 1451 una hambre espantosa sembró el terror en México, conservándose en nuestro Museo Nacional la piedra conmemorativa de semejante calamidad.²

¹ Bernal Díaz, HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA, Capítulo XCII.

² Véase mi CATÁLOGO DEL SALÓN DE MONOLITOS DEL MUSEO, ejemplar núm. 266.

El Imperio continuó floreciente; sus dominios habíanse extendido por remotas tierras, y sujetos á su yugo caminaban los pueblos que antes, por mandato del destino, tocó mirar desgraciada á la errante tribu Azteca. Pero, en los momentos que ésta caminaba hacia el progreso, la superstición se apoderó del ánimo del cobarde Motecuhzoma, cuando sus agoreros y adivinos predijeron al espantado Emperador, que era presagio de destrucción y de ruina, un cometa que fulguraba con resplandores siniestros en el horizonte de México.

Los españoles, en efecto, acababan de arribar á las playas mexicanas; y apercebidos para escalar la Mesa Central de Anáhuac, pronto clavarían sobre las ruinas de la Ciudad Azteca el imperial pendón de Carlos Quinto.

CAPÍTULO TERCERO.

Ruina y toma de México.

Hernán Cortés.—La Villa Rica.—Presentes de Motecuhzoma á Cortés.—Éste se dispone á penetrar al territorio.—Se desliga de la autoridad del Gobernador de Cuba.—La *Malintzin*.—Alianza de los pueblos con Cortés.—Cholollan.—Tlaxcala.—El Valle de México.—Motecuhzoma y los hijos del Sol.—Reune aquél un consejo.—Palabras de Cuitláhuac.—Entrada de los españoles á México.—Muerte de Quauhpopoca.—Prisión de Motecuhzoma y de otros señores.—Pánfilo de Narváez.—Su derrota en Cempoala.—Regreso de Cortés á México.—Matanza en México mandada efectuar por Pedro de Alvarado.—Llega Cortés á México.—Muerte de Motecuhzoma.—Junta de capitanes.—Salida del ejército español de la Capital.—Es sentido por los mexicanos.—Derrota de Cortés.—La *Noche Triste*.—Cuitláhuac, Emperador.—Muere de viruelas.—Elevación de Cuauhtemótzin.—Cortés reune sus huestes dispersas.—Los bergantines.—Sitio formal de la Ciudad.—Plan de ataque.—Resistencia de los mexicanos.—Fuga y prisión del Emperador.—Palabras de éste ante Cortés.—Los españoles dueños de México.

Después de las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva, llegó á nuestras playas del Golfo de México el afortunado Capitán español D. Hernando Cortés, fundador de la Villa Rica de la Veracruz, desde donde se dispuso á penetrar al interior de las tierras que serían

teatro de sus conquistas, sabedor de la existencia del Imperio Mexicano. Súpose en México la llegada de la expedición española, y triunfante la superstición en el débil Motecuhzoma, apresuró éste á enviar ricos presentes á Cortés.

El Conquistador se separó de la Villa Rica, donde nombró autoridades que legitimaran el cargo con que se investía á sí mismo, rompiendo lanzas con el Gobernador de Cuba, Velázquez, que había mandado á Cortés en expedición; y después de enviar pliegos al Emperador Carlos V, internóse hacia México. Su buena estrella le había deparado ya á su ángel tutelar, Doña Marina ó la *Malintzin*, mujer extraordinaria que no se separó de Cortés un solo instante.

El odio mortal que los pueblos limítrofes y tributarios del Imperio tenían á éste, los unió al puñado de aventureros españoles que seguían á Cortés al través del territorio; sería difícil é impropio en esta breve y condensada narración, seguir paso á paso al Conquistador; anotaremos sólo la huella sangrienta que los conquistadores dejaron en Cholollan; el rasgo de Cortés mandando barrenar las naves para que nadie pudiera retornar á Cuba; y su llegada á la interesante república de Tlaxcala (Septiembre de 1519). Aliado con tlaxcaltecas, huexotzincas y cholultecas, trepa por la cordillera, atraviesa el camino entre el Iztaccihuatl y el Popocatepetl, y contempla el panorama del Valle de México, en cuyo fondo se erguía majestuosa la Señora del Imperio, la Ciudad de la laguna.

Cortés con su improvisado ejército descansó en Amaquemecan (Ameca), cuya alianza obtuvo; luego pasó por Tlalmalcalco y Ayotzinco, costeando al Sur el lago de Tetzaco hasta Iztapalapan.

En tanto que la falange aventurera se encaminaba hacia México, el Emperador juzgaba que los hijos del Sol, rubios y barbados, precedidos por el mismo Quetzalcóatl, llegaban procedentes del Cielo, y se apercibió á recibirlos con pompa.

Sin embargo, el infeliz monarca se llenaba de terror considerando que á aquellos hombres los tendría delante, y ansiaba evitar este suceso. Ya, cuando Cortés se hallaba en Veracruz, Moteczuma se apresuró á mandarle decir que no viniese á México «por ser la tierra estéril y fragosa;»¹ pero después, obligado por el espanto, reúne una especie de consejo ante el cual manifiesta sus deseos de saber qué debería hacerse con los españoles que tocaban las puertas de la Metrópoli; yérguese entonces el valiente Cuitláhuac, y en un arranque de dignidad y de energía suprema, exclama: «Mi parecer es, gran señor, que no metas en tu casa á quien de ella te eche.»² Moteczuma, empero, abrió de par en par las puertas del Imperio al audaz Conquistador y á sus soldados, y en 8 de Noviembre de 1519 entraron á la Capital como huéspedes de ésta. El mismo Bernal Diaz, lisonjeándose de la heroicidad de sus compañeros, dice: «Miren los curiosos lectores esto que escribo, si habrá bien ponderar en ello, ¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?»³ Los españoles fueron regiamente alojados en el palacio de Axayácatl.

Después de una visita detenida á la Capital, Cortés con su perspicacia comprendió que se hallaba en medio de una Ciudad donde con suma facilidad podía ser aniquilado; y desde ese instante necesitó desplegar todo su tacto, su ingenio y su valor. Tenía precisión de obrar con prudencia y rapidez para el desarrollo de sus planes, y ante todo concibió la idea de apoderarse ingeniosamente de la persona misma del Emperador, fingiendo una comedia, en que pereció Quauhpopoca, señor de Nautlan, y no contento Cortés con tal hecho, aprehendió á Motecuhzoma y después á otros varios encumbrados señores, declarados enemigos de los españoles.

1 Bernal Díaz, HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA, cap. LXXII.

2 Chavero, MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS, I, pág. 385.

3 HISTORIA VERDADERA, pág. 74.

Un acontecimiento inesperado pero que fué decisivo para afianzar la conquista, hizo salir de México á Don Hernando. Pánfilo de Narváez, un enviado del Gobernador Velázquez, había llegado procedente de Cuba, acampando en las tierras de Cempoala en Veracruz. La suerte quiso favorecer á Cortés: sorprende á Narváez alojado en el Templo Mayor del mismo Cempoala; ¹ lo derrota, refuerza su ejército y emprende de nuevo la marcha para el interior del Imperio.

En tanto, Pedro de Alvarado, á quien encomendó Cortés, durante su ausencia, la custodia de la Ciudad de México, después de conceder á los mexicanos el permiso para la celebración de la fiesta de la insensación de Huitzilopochtli, que caía en el mes *Toxtli*, ² ordenó una matanza horrible que, á no haber llegado Cortés tan á tiempo, aniquilan á todos los españoles que estaban en la Ciudad. Calmóse un tanto el desorden; pero desde ese día fatal, recios combates se sucedieron. En uno de tantos, pensando Cortés la manera de calmar los irritados pechos, hizo asomar á Motecuhzoma á la azotea del palacio donde estaba prisionero: la presencia del soberano, que otras veces había producido resultado favorable, sirvió para acrecentar la indignación del pueblo enfurecido, y según cuentan algunas crónicas, parece que, en un arranque de justo patriotismo, la multitud lapidó al monarca, que cayó muerto por certero golpe.

Grave y muy comprometida se hacía cada vez más la situación del ejército español. Cortés reunió en junta á sus principales capitanes, y teniendo en cuenta la distracción de los mexicanos para nombrar á su nuevo Emperador, resol-

1 En uno de los Salones de Historia de nuestro Museo Nacional, puede verse un modelo en madera, hecho á escala, de todo el recinto fortificado de Cempoala, según las exploraciones y estudios llevados á cabo por el Director del mismo Museo D. Francisco del Paso y Troncoso, el año 1890.— Véase el núm. 73 de mi Guía PARA VISITAR LOS SALONES DE HISTORIA, del repetido Museo.

2 Según Clavigero, correspondiente al 13 de nuestro Mayo.

vieron los conquistadores abandonar la Capital. Organizóse la marcha por la calzada de Tlacopan, que presentaba más facilidades, y amparados por las sombras de la noche, avanzaban á la vanguardia Alonso de Avila y Gonzalo Mejía, conductores del quinto real; Gonzalo de Sandoval y Diego de Ordaz y otros capitanes, á caballo; doscientos peones y veinte jinetes; cuatrocientos tlaxcaltecas conduciendo un puente de madera custodiado por cincuenta hombres; Cortés acompañado de Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia, y seguidamente la artillería, los aliados, los prisioneros, etc., etc., cerrando la marcha Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León: total, cerca de ocho mil hombres. El movimiento de tan largo convoy, fué sentido al fin por los mexicanos; los roncós sonidos del caracol de guerra escucháronse presto; y como un alud se precipitan los mexicanos sobre la retaguardia de los fugitivos. Alvarado resiste valeroso; los canales y fosos pronto se ven cubiertos de cadáveres, y después de encarnizada lucha, desbaratado el ejército de Cortés, muy posible es que éste haya derramado de rabia el legendario llanto al pie del templo de Tlacopan, ¹ cuando aun no habían desaparecido del todo las sombras de esa noche memorable que en la historia lleva el nombre de la *Noche Triste*.

* * *

Los mexicanos habían elevado al trono al joven Cuitlahuáztin, valiente luchador que se dispuso denodado á defender á su patria, y á reconstruir los templos y casas arruinadas

1 Aun cuando los historiadores consignan el hecho de que Cortés lloró después de la rota de sus huestes, en el fondo no hay más apoyo que el de la tradición: indícase que el caudillo derramó lágrimas bajo el sabino de Popotla, llamado el *Ahuehueté* ó *Arbol de la Noche Triste*; sobre el particular, he aceptado la opinión del Sr. del Paso y Troncoso, de que el suceso tiene visos de haber acaecido más bien en las gradas del Templo de Tacuba.— Véase en mi Guía DE LOS SALONES DE HISTORIA DEL MUSEO, el núm. 109.